

en Jerusalem, cualquiera que fuese el peligro para mí; pero lo que yo podia decidir de mí, no podia ni queria decidirlo de los demas, y así dejaba á todos mis amigos, á todos mis criados y á los árabes que me acompañaban, en libertad de seguirme ó de quedarse en Jafa, como mas les acomodase: entónces el gobernador puso en las nubes mi sumision á la voluntad de Alá, me dijo que no permitiria que yo me espusiese solo á los peligros del camino y de la peste, y que iba á hacer escoger entre las tropas de la guarnicion de Jafa, algunos soldados valerosos y disciplinados que pondria enteramente bajo mi mando y que protegerian mi caravana durante la marcha y mis tiendas durante la noche, para preservarnos del contacto con los apestados: tambien despachó en el mismo instante un ordenanza al gobernador de Jerusalem, su amigo, para anunciar mi viage, y recomendarme á él: en seguida se retiró. Deliberamos entónces mis amigos y yo, y hasta los criados asistieron á aquel consejo, sobre lo que cada cual pensaba hacer. Despues de titubear un poco, todos unánimemente resolvieron probar la fortuna y correr el azar de la peste, antes que renunciar á ver á Jerusalem. Resolvióse la partida para el dia siguiente; acostámonos en las esteras y en los divanes de la sala de M. Damiani, y nos despertamos al son de los gorgoros de las innumerables golondrinas que

revoloteaban sobre nuestras cabezas por la estancia.

Empleamos el dia en pagar las visitas que habiamos recibido, al gobernador, y al superior del convento de la Tierra Santa en Jafa, venerable religioso español que habita esta ciudad desde la época en que vinieron á ella los franceses, y que nos certificó la verdad del envenenamiento de los apestados.

Jafa ó Yafa, la antigua Jofé de la Escritura, es uno de los mas antiguos y célebres puertos del universo. Plinio habla de esta ciudad como de un pueblo antdiluviano. En él fué donde, segun las tradiciones, Andrómeda fué aherrojada en la peña y espuesta al monstruo marino;—donde Noé construyó el Arca;—donde esportaban los cedros del monte Líbano por órden de Salomon, para la construcción del templo. Jonás, el profeta, se embarcó aquí ochocientos sesenta y dos años antes de Jesucristo. San Pedro resucitó aquí á Tabita. San Luis fortificó la ciudad en tiempo de las cruzadas. En 1799, Bonaparte la tomó por asalto y pasó á cuchillo á los prisioneros turcos. En el dia tiene un mal puerto para las barcas solamente y una rada muy peligrosa, como vimos por experiencia en nuestro segundo viage por mar. Hay en Jafa de cinco á seis mil habitantes turcos, árabes, armenios, griegos, católicos y maronitas, cada una de estas comuniones tiene en el pueblo una

iglesia. El convento latino es magnífico, y todavía le estaban hermoseando cuando pasamos; pero no probamos la hospitalidad de aquellos religiosos: sus espaciosas habitaciones no se abrieron ni para nosotros, ni para ninguno de los estrangeros que hallamos en Jafa. Desiertos se están mientras que los peregrinos buscan con afán el abrigo de algun miserable kan turco, ó la oscura hospitalidad de algun pobre techo de un judío ó de un armenio en Jafa.

Apenas sale uno de los muros de Jafa, entra en el gran desierto de Egipto. Decidido entonces á ir al Cairo por aquel camino, hice partir un correo para El-Arich, con objeto de alquilar allí dromedarios para pasar el desierto: así puede andarse el camino de Jafa al Cairo en doce ó quince dias, pero ofrece grandes privaciones y muchas dificultades. Las órdenes del gobernador de Jafa y la bondad de los principales vecinos del pueblo relacionados con los Gaza y El-Arich las allanaron considerablemente para mí.

El gobernador nos envió algunos ginetes y ocho peones elegidos entre la gente mas bizarra y atenta del depósito de tropas egipcias que le quedaban: aquella misma noche se acamparon á nuestra puerta. Al rayar el alba estábamos á caballo. En la puerta de la ciudad, por el lado de Ramla, hallamos una multitud de ginetes de todas las nacio-

nes que habitan en Jafa; corrieron al djerid, el rededor nuestro, y nos acompañaron hasta una magnífica fuente, rodeada de sicomoros y palmeras, que se encuentran á una hora de camino: allí descargaron sus pistolas para hacernos fiesta y se volvieron al pueblo. Es imposible describir la novedad y la magnificencia de vegetacion que se despliega á ambos lados de este camino al salir de Jafa: á derecha é izquierda, todo es un bosque variado con todos los árboles frutales y todos los arbustos floridos del Oriente. Este bosque, dividido en compartimentos por setos de mirtos, de jazmines y de granados, está regado por arroyos emanados de las hermosas fuentes turcas de que he hablado. En cada una de aquellas cercas se ve un pabellon abierto ó una tienda, bajo los cuales la familia que los posee va á pasar algunas semanas en primavera ó en otoño: tres estacas y un pedazo de lienzo forman una quinta para aquellas felices familias. Las mugeres duermen sobre esteras ó almohadones bajo la tienda, y los hombres á cielo raso bajo la bóveda de los limoneros y de los granados. Los melones, las sandias, los higos de treinta y dos especies que abundan en aquellos sitios encantados, abastecen las mesas; apenas se añade de cuando en cuando á estos manjares un cordero criado por los muchachos, y del que se hace, como en los tiempos de la Biblia, el sacrificio en los dias solemnes. Jafa es el punto de todo

el Oriente que un amante de la naturaleza y de la soledad debería elegir para pasar los inviernos. El clima es la transición mas indecisa entre los desiertos abrasadores del Egipto y las lluvias de la costa de Siria, en otoño. Si yo fuera dueño de elegir mi residencia, habitaria el pié del Líbano, Saide, Berut ó Latakié en primavera y otoño; las alturas del Líbano durante los calores del verano, refrescados por los vientos del mar, por el soplo que sale del valle de los cedros y por la cercanía de las nieves; y en invierno, los jardines de Jafa. Jafa tiene en su cielo y en su suelo un no sé qué de mas grandioso, mas solemne y mas colorado que ninguno de cuantos sitios he recorrido. Allí la vista no se posa mas que sobre un mar sin límites y azul como su cielo; sobre los inmensos arenales del desierto de Egipto, donde solo corta de trecho en trecho el horizonte el perfil de un camello que avanza ondeante como una ola; y sobre las verdes y amarillas cimas de los innumerables bosques de naranjos que se apiñan al rededor de la ciudad. Todos los trages de los habitantes ó de los viajeros que animan sus caminos son pintorescos y estraños; ya se ven beduinos de Jericó ó de Tiberiades, embozados en su gran manta de lana blanca; ya Armenios con largas ropas listadas de azul y blanco; ya judíos de todas las partes del globo y con todos los vestidos del mundo, caracterizados solamente por sus largas barbas y por la

nobleza y magestad de sus facciones;—pueblo-rey, mal habituado á su esclavitud, y en cuyas miradas se descubre el recuerdo y la seguridad de grandes destinos, detras de la aparente humillacion de la apostura y de la decadencia de la situacion presente; ya soldados egipcios con chaquetas coloradas, y enteramente semejantes á nuestros quintos franceses por la vivacidad de los ojos y la rapidez del porte: se ve que el genio y la actividad de un grande hombre se han comunicado á ellos y los animan para un objeto desconocido:—en fin, agás turcos que pasan altaneros por el camino, montados en caballos del desierto y seguidos de árabes y de esclavos negros;—pobres familias de peregrinos griegos sentados en la esquina de una calle, comiendo en una cuenca el arroz ó la cebada cocidos, que economizan para llegar hasta la ciudad santa;—y pobres mugeres judías, medio vestidas, sucumbiendo bajo la enorme carga de un saco de andrajos, y arreando borricos cuyos dos canastos á modo de aguaderas van llenos de chiquillos de todas edades:—pero volvamos á nosotros.

Caminábamos alegremente, probando á veces la velocidad de nuestros caballos contra la de los que montaban los señores Damiani, y los hijos del vice-cónsul de Cerdeña. Estos dos jóvenes, hijos de un rico comerciante árabe de Ramla, establecido ahora en Jafa, habian querido acompañarnos hasta Ramla, y por la mañana habian enviado sus

esclavos para prepararnos la casa de su padre y la cena. Seguianos ademas otro personage que se habia agregado voluntariamente á nuestra caravana y que nos sorprendió por la estraña magnificencia de su trage europeo:—era un jovencito de veinte á veinticinco años, de cara jovial y grotesca, pero que parecia listo y travieso. Llevaba un inmenso turbante de muselina amarilla, un casacon verde á la antigua, con cuello derecho y anchos faldones, bordados de grandes galones en todas las costuras; pantalones muy estrechos de terciopelo blanco, y botas de campana adornadas con un par de espuelas con cadenillas de plata. Llevaba una cuchilla turca, y un par de pistolas con embutidos de plata le salian del cinto sobre el pecho.

Habia salido de Italia en su niñez, é impelido á Egipto por no sé qué oleada de la fortuna, hallábase, hacia algunos años, en Jafa ó en Ramla ejerciendo su arte en las montañas de Judea á expensas de los jeques y de los beduinos. Su conversacion nos divirtió mucho, y de buena gana me le hubiera llevado conmigo á Jerusalem, y á las montañas del mar Muerto, que parecia conocer perfectamente; pero habiendo vivido muchos años en el Oriente, habia contraido el invencible terror de la peste habitual en los francos, y ninguna de mis ofertas consiguió seducirle.

En tiempos de peste, me dijo, ya no soy médico;

no conozco contra ella mas que un remedio, que es huir bastante aprisa, bastante lejos, y estar ausente bastante tiempo para que no pueda alcanzarle á uno el mal. Parecia que nos miraba con lástima, como á víctimas predestinadas á ir á buscar la muerte en Jerusalem; y de tantos como éramos, á muy pocos esperaba ver de regreso.—Hace algunos dias, me dijo, me hallaba en Acre; un viagero que volvia de Belen llamó á la puerta del convento de los padres de S. Francisco; le abrieron: eran siete. Dos dias despues, las puertas del convento estaban tapiadas por orden del gobernador; el peregrino y los siete religiosos habian muerto en veinticuatro horas.

Empezábamos ya á divisar la torre y los minaretes de Ramla que se alzaban delante de nosotros de en medio de un bosque de olivos cuyos troncos son tan gruesos como los de nuestros mas añosos robles.

Ramla, antiguamente Rama Efraim, es la antigua Arimatia del Nuevo Testamento; contiene sobre dos mil familias. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fundó en ella un convento latino que todavia subsiste; los armenios y los griegos poseen tambien en esta ciudad un convento para socorro de los peregrinos de sus naciones que van á la Tierra Santa. Las antiguas iglesias han sido convertidas en mezquitas; en una de estas se halla la sepultura de mármol blanco del mameluco Ayud-Bey,

que huyó de Egipto á la llegada de los franceses, y murió en Ramla. Al entrar en el pueblo, nos informamos de si ejercia ya en él la peste sus estragos: dos religiosos recién llegados de Jerusalem, acababan de morir el mismo dia: el convento estaba en cuarentena. Nuestros nuevos amigos de Jafa nos llevaron á su casa, situada en medio de la ciudad. Un árabe, antiguo calderero, según dicen, pero amable y excelente sugeto, habitaba la mitad de aquella casa y ejercia las funciones de agente consular por no sé qué nacion de Europa, lo que le autorizaba á tener una bandera europea sobre el tejado de su casa, que es la mas segura salvaguardia contra las tropelías de los turcos y de los árabes. Una excelente cena nos estaba aguardando; tuvimos el placer de hallar sillas, camas, mesas y todos los utensilios de Europa, y todavía nos llevamos una provision de pan tierno que debimos á la bondad de nuestros huéspedes. A la mañana siguiente, nos despedimos de todos nuestros amigos de Jafa y de Ramla, y partimos escoltados solamente por nuestros ginetes y nuestros peones egipcios. En este orden establecí la marcha de nuestra caravana: dos ginetes nos precedian á unos cincuenta pasos para apartar á los árabes ó á los peregrinos judios que hubiéramos podido hallar, y tenerlos á cierta distancia de nuestros hombres y de nuestros caballos;— á derecha é izquierda, á nuestros costados, iban los soldados á pié: nosotros

caminábamos uno á uno en hilera, sin romper la fila, llevando los bagages en medio: un puñado de nuestros mejores ginetes formaba la retaguardia, con orden de no dejar ni hombre ni mulo rezagado. A la vista de un cuerpo de árabes sospechosos, la caravana debia hacer alto y formarse en batalla, mientras que los ginetes, los intérpretes y yo iríamos á efectuar un reconocimiento: de este modo poco teníamos que temer de los beduinos y de la peste, y debo decir que nuestros soldados egipcios, nuestros ginetes turcos y mis propios árabes, observaron este orden de marcha con un escrúpulo de obediencia y atencion que hubiera hecho honor al cuerpo mejor disciplinado de Europa: por espacio de mas de veinticinco dias de camino le conservamos, y en las posiciones mas embarazosas. Ninguna reprimenda tuve que dirigir á nadie, y á estas medidas debimos nuestra salvacion.

A poco de ponerse el sol, llegamos al cabo de la llanura de Ramla, junto á una fuente labrada en la peña, que riega un pequeño sembrado de calabazas silvestres. Estábamos al pié de las montañas de Judea; un vallecito, de unos cien pasos de anchura, se abria á nuestra derecha; bajamos á él:— allí empieza el dominio de los árabes bandoleros de aquellas montañas. Como la noche se acercaba, conceptuamos prudente sentar nuestro campamento en aquel valle y plantamos nuestras tiendas á

unos doscientos pasos de la fuente. Pusimos una avanzadilla en un cerro que domina el camino de Jerusalem, y mientras nos disponian la cena, fuimos á cazar perdices por unos collados inmediatos: matamos algunas, é hicimos levantarse, del seno de las peñas, una multitud de pequeñas águilas que las habitan: alzábanse girando y gritando sobre nuestras cabezas, y volvian sobre nosotros despues que habiamos disparado sobre ellas. Todos los animales tienen miedo del fuego y de la esplosion de las armas; solo el águila parece que las desdeña y juega con el peligro, ya porque le desconozca, ya porque le desprecie. Desde lo alto de uno de estos collados, he admirado la pintoresca perspectiva de nuestro campamento, con nuestros piquetes de ginetes árabes sobre el cerro, nuestros caballos atados aquí y allí al rededor de nuestras tiendas, nuestros camelleros sentados en el suelo y ocupados en limpiar nuestros arneses y nuestras armas, y la llama de nuestra lumbrada, clareándose al trasluz de la lona de una de nuestras tiendas y ecshalando su leve humo azul en columna que inclinaba el viento. ¡Cuánto me gustaria esta vida nómade bajo un cielo como este, si pudiese uno llevar consigo á todos los que ama y echa de ménos en la tierra! La tierra entera pertenece à los pueblos pastores y errantes como los árabes de Mesopotamia. Mas poesía hay en uno de sus dias que en años enteros de nuestras vidas de las ciudades.

Pidiendo demasiadas cosas á la vida civilizada, el hombre se clava á la tierra, y no puede desprenderse de ella sin perder esas innumerables superfluidades que la costumbre ha convertido para él en necesidades. Nuestras casas son cárceles voluntarias. Yo quisiera que la vida fuese un viage sin fin, como este; y si no me ligasen á Europa íntimos afectos, le continuaria cuanto alcanzasen mis fuerzas y mis facultades.

Estábamos en los confines de las tribus de Efrain y de Benjamin. El pozo junto al cual estaban alzadas nuestras tiendas, se llama todavía el Pozo de Job.

Salimos ántes de amanecer: seguimos, por espacio de dos horas, un valle angosto, estéril y pedregoso, célebre por las fechorias de los árabes. Este es, de todas las cercanías, el sitio mas espuesto á sus embestidas, à él pueden llegar por una multitud de vallecitos sinuosos, ocultos por la espalda de las colinas desiertas, ponerse de emboscada detras de las peñas y de los arbustos, y caer de improviso sobre las caravanas. El célebre Abugosh, caudillo de las tribus árabes de estas montañas, tiene la llave de estos desfiladeros que coducen á Jerusalem; los abre y los cierra á su arbitrio, y tiraniza á los viageros. Su cuartel general está á pocas leguas de nosotros, en la aldea de Jeremías. A cada instante nos aguardamos á ver asomar sus ginetes:—á nadie hallamos, escepto á un jóven aga,

pariente del gobernador de Jerusalem, montado en una yegua hermosísima, y acompañado de siete ú ocho ginetes. Saludónos cortesmente, y se hizo à un lado con su comitiva para dejarnos pasar, sin tocar à nuestros caballos ni à nuestros vestidos.

A cosa de una hora de Jeremías, el valle se estrecha todavía mas, y el camino está cubierto de árboles. Allí hay una antigua fuente y los restos de un kiosko arruinado; se sube durante una hora por un sendero escarpado y desigual, labrado en la peña, en medio de los bosques, y de repente ve uno à sus piés la aldea y la iglesia de Jeremías, en el reverso de la colina. La iglesia, ahora mezquita, parece haber sido construida con magnificencia en tiempo del reino de Jerusalem, bajo los Lusíñanes: el pueblo se compone de cuarenta ó cincuenta casas, bastante espacijas, suspendidas en la vertiente de los collados que ciñen el valle. Algunas higueras diseminadas y varias viñas, anuncian una especie de cultivo: vemos rebaños esparramados alrededor de las casas: algunos árabes, vestidos con magníficos caftanes, fuman sus pipas en la azotea de la casa principal, á cien pasos del camino por donde bajamos: de quince á veinte caballos, ensillados y embridados, están atados en el patio de la casa. Apenas nos ven los árabes, bajan de la azotea, moutan à caballo y se dirigen hácia nosotros á paso corto: nos encontramos en una grau plaza

inculca, que hace frente al pueblo, y que dan sombra cinco ó seis hermosas higueras.

Eran el famoso Abugosh y su familia: adelantóse solo con su hermano hácia mí: su comitiva se quedó detras: al instante mandé tambien pararse à la mia, y me acerqué con mi intérprete. Despues de los saludos de costumbre y de los interminables cumplimientos que preceden à toda conversacion con los árabes, preguntóme Abugosh si no era yo el emir franco que su amiga, lady Stanhope, la reina de Palmira, habia puesto bajo su proteccion, y en cuyo nombre le habia enviado la soberbia chaqueta de paño de oro que llevaba puesta, y que me enseñó con orgullo y gratitud. No tenia yo noticia de aquella dádiva de lady Stanhope hecha en mi nombre tan bondadosamente; pero respondí que era en efecto el estrangero que aquella ilustre señora habia confiado à la generosidad de sus amigos de Jeremías; que iba à visitar toda la Palestina, donde estaba reconocido el dominio de Abugosh, y que le suplicaba que espidiese las órdenes necesarias para que no tuviese lady Stanhope reconvencion alguna que hacerle. Oido esto, apeóse de su caballo, igualmente que su hermano; llamó à varios ginetes de su séquito y los mandó que trajesen esteras, alfombras y cogines, que hizo tender à la sombra de una corpulenta higuera, en el campo mismo en que estábamos, y nos rogó con tan vivas instancias que nos apeásemos tambien y nos sen-